

**SIGNOS
DE LOS
TIEMPOS**

Experiencias humanas abiertas a la trascendencia

Louis Roy, OP. Dominican University College. Ottawa.

En nuestra época, hay un malestar, de parte de nuestros contemporáneos, ante el cristianismo. El problema parece proceder de una falta de correspondencia entre lo que la Iglesia proclama y las asuntos de interés y de inquietud de nuestro mundo. No obstante, no deja de haber una interacción entre el mensaje evangélico y las preocupaciones y preguntas de nuestras sociedades post-industriales. Desde hace 2000 años, se ha vivido una inculturación de la fe cristiana en la cultura greco-latina, en la cultura de la edad media, en la cultura de la modernidad y, hoy en día, en los varios ámbitos de una postmodernidad cuyos componentes son aparentemente muy dispares.

Sin embargo, ¿podríamos hablar de *una* cultura post-industrial –*una* cultura, en singular– en nuestro mundo? Me parece que sí, a causa de la influencia enorme de la globalización. Estoy convencido que una única cultura mundial está desarrollándose, debido a los factores económicos, políticos, sociales y tecnológicos –especialmente electrónicos– que forjan nuestra vivencia colectiva. Evidentemente, numerosas culturas nacionales y locales coexisten con aquella cultura mundial. Por consiguiente, es preciso estar atento a cada uno de estos dos fenómenos: por un lado, una diversificación cultural y, por otro lado, una homogenización cultural.

Respecto a esta coyuntura, mi aporte consistirá en presentar y discutir experiencias de trascendencia. ¿Por qué prestar atención a las experiencias de trascendencia? Porque son experiencias humanas que ponen a la gente en contacto con lo infinito y que

pueden tener consecuencias benéficas para la apertura a Dios¹. Varios encuestas sociológicas documentan que un porcentaje importante de la población norteamericana, británica y australiana (del 35 al 50 por ciento) recuerdan haber tenido una experiencia de trascendencia al menos una vez en su vida. En Europa, como en el resto del mundo occidental, hay por el momento una cierta fascinación por lo espiritual.

Definición

En mi libro *Experiencias de trascendencia*, yo defino la experiencia de trascendencia –que podemos también llamar la experiencia trascendente– como “una percepción sensible de lo infinito en una circunstancia determinada”². Es una percepción –es decir, un conocimiento intuitivo– que capta la atención de un individuo o de un grupo. Configura nuestra reacción ante algo que parece inmenso, ilimitado, ante algo que nos trasciende absolutamente. Cuando entramos en contacto con esta dimensión especial de nuestra vivencia, tenemos la impresión de que ésta excede los límites de la vida diaria, que no puede limitarse de manera artificial y que inspira un respeto absoluto³.

Puede producirse a consecuencia de una plenitud o de un vacío que viene precedido de un periodo de reflexión acerca de alguna cuestión desconcertante. Procede de una situación psicológica y existencial, está relacionada con alguna circunstancia, y se desencadena a causa de un acontecimiento específico. Está condicionada y canalizada por un marco de referencia interpretativo y emocional. Finalmente, a menudo desencadena un cambio importante en la propia vida.

La experiencia de trascendencia es específicamente afectiva, de la cual se sigue un contenido cognitivo. Su fuerza consiste en hacernos vívidamente conscientes de una dimensión única, de una presencia totalmente distinta que nos

emplaza. La experiencia trascendente encarna nuestra apertura al misterio en términos de deseo, nostalgia y fascinación. El sentimiento que surge en su punto central nos conmueve e interpela más que un mero acercamiento intelectual a los enigmas de la existencia humana.

Elementos

La experiencia trascendente incluye seis elementos: la preparación, la ocasión, el sentimiento, el descubrimiento, la interpretación y el fruto. Procedamos a una caracterización de estos elementos.

En primer lugar, la *preparación* es el escenario cognitivo y afectivo que condiciona –sin determinar de manera inflexible– la experiencia posterior. Los factores que la constituyen son el estilo de vida, el carácter, las opiniones, las preocupaciones, problemas y cuestiones de un individuo o de un grupo. Este esquema mental orienta lo que finalmente sucederá. Antes de que se produzca el acontecimiento decisivo, uno se encuentra sometido a la influencia de algún género de anticipación, lo que Rudolf Bultmann denominaba una *Vorverständnis*, una “comprensión previa”. Esta disposición básica tiene que ver con la receptividad y la capacidad que cada uno posee de recibir una determinada revelación sobre la propia existencia.

La preparación puede tener un alcance largo o corto, que se prolonga durante años, semanas o tan sólo unos días; es un lapso de tiempo durante el cual algo germina en la vida personal del futuro receptor de la experiencia trascendente. No obstante, la disposición de los receptores también se ve aumentada por la situación psicológica y existencial –a menudo marcada por el desasosiego, las tensiones o incluso las luchas– en la que se encuentran inmersos, inmediatamente antes de que se produzca la ocasión.

En segundo lugar, la *ocasión* es lo que desencadena la experiencia. Puede ser una acción, una persona, un paisaje, una

pintura, una pieza musical, una visión, un sueño, una frase escuchada o recordada, un *shock*, una buena o mala noticia, etcétera. Son acontecimientos desencadenantes o, por adoptar una metáfora procedente de la química, factores precipitantes. Pueden provocar una repentina descarga de tensión, facilitando así el surgimiento de un sentimiento nuevo y sorprendente.

En tercer lugar, el *sentimiento* se encuentra en el núcleo de la experiencia trascendente. Es un afecto que puede ser recibido por sí mismo, en su capacidad de manifestar un aspecto de nuestro trasfondo. Cualquier sentimiento puede vehicular una revelación: admiración, asombro, atracción, depresión, esperanza amenazada, amor y solidaridad, miedo, revulsión, horror, el sentido de lo trágico, de lo grotesco o de lo cómico, etcétera.

El sentimiento que se encuentra en el centro de la experiencia juega un papel análogo al descrito en la siguiente escena, tomada de una novela de Hermann Hesse:

Cuando Siddharta abandonó el bosque, dejó al buda, el perfecto, y también a Govinda; sintió que en ese bosque se quedaba asimismo su vida actual, que se separaba de él. Caminando despacio, pensó en este sentimiento que le llenaba por completo. Razonó hondamente, se dejó deslizar como a través de unas aguas profundas, dejóse (sic) caer hasta el fondo de ese sentimiento, hasta allí donde se encuentran las causas. Creía que comprender las causas era precisamente pensar, y que sólo a través de la razón, los sentimientos pueden convertirse en comprensión, es decir, que no se pierden, sino que se transforman en sustancias y empiezan a derramar su contenido⁴.

Así, a partir de este sentimiento, Siddharta adquiere un mejor conocimiento de sí mismo; en especial, se libera de la necesidad de tener un maestro espiritual⁵.

El sentimiento posee una propiedad especial: la capacidad de sugerir la presencia de una realidad ilimitada. Esta propiedad se distingue de las emociones religiosas corrientes, que no incluyen este sentido de lo infinito. Cabe observar que la diferencia entre estas emociones y el sentimiento de trascendencia no es una cuestión de intensidad, puesto que algunas emociones intensas no tienen ninguna relación con algo trascendente.

En cuarto lugar, el *descubrimiento* equivale a lo que Ian T. Ramsey denominaba una revelación cósmica. Una revelación es un tipo de comprensión, un discernimiento que resulta iluminador. Así, una situación determinada adquiere una profundidad extraordinaria. Somos conscientes de que algo se nos manifiesta, de que algo nos confronta, nos atrae y nos desafía. Por tanto, Ramsey insiste en que más que ser puramente emocional o subjetiva, una situación de esta índole posee una referencia objetiva. Permite a las personas encontrarse más a sí mismas, pues desvela una faceta de nuestra vida y a veces abre un mundo.

¿Cómo el sentimiento se hace descubrimiento? Abriéndonos al infinito, no puede pasar desapercibido, aun cuando no siempre resulte abrumador. Naturalmente, los beneficiarios de la experiencia a menudo no encuentran las palabras con las que poder describirla. El descubrimiento, en sí mismo, sigue siendo algo incipiente. Sin embargo, dichas personas manifiestan ser conscientes de haber sido tocadas, conmovidas y alcanzadas de una manera singular, y de haber descubierto algo sumamente importante, que llaman diversamente: cosmos, vida, luz, valor, certitud, bondad, amor, etcétera.

En quinto lugar, viene la *interpretación*, es decir, la reflexión sobre la experiencia. Es importante notar que hay una diferencia entre, por un lado, el sentimiento y el descubrimiento, que son el núcleo de una experiencia trascendente, y, por otro lado, la interpretación que está impuesta sobre la experiencia. El

sentimiento y el descubrimiento son hechos y deben ser reconocidos como datos, mientras la interpretación siempre puede ser discutida.

La interpretación puede dividirse en dos fases. Desde luego, existe la conciencia de lo que acaba de ocurrir. Esta conciencia no difiere de la elemental visión especular del acontecimiento, que simplemente se refleja, aunque aún no se reflexione sobre él. Sólo intentamos encontrar las palabras para describir nuestro sentimiento y nuestro descubrimiento.

Después, la segunda fase de reflexión es de mayor alcance. Como queremos comprender lo que ha sucedido, poner de manifiesto su importancia y relacionarlo con el resto de la vida humana, no podemos hacer otra cosa que explicarlo. La intuición da paso al asombro, aun cuestionando la verdad o validez de lo ocurrido, y finalmente valorándolo e incluso ratificándolo. A medida que pasa el tiempo y cambian las circunstancias, podemos modificar nuestra opinión y contemplar nuestra experiencia trascendente desde una nueva perspectiva.

Ambos tipos de reflexión están condicionados por el esquema mental por el que se regían las personas antes de que la experiencia tuviera lugar. Para expresar esta nueva experiencia, tienen que recurrir inevitablemente a imágenes, conceptos y palabras conocidas. Este bagaje intelectual configura el pensamiento. Sin embargo, la experiencia no tiene por qué limitarse a una cosmovisión determinada. Bajo el impacto del acontecimiento asombroso, una persona puede utilizar imágenes, conceptos y palabras de una manera creativa; la manera en que da cuenta de su propia experiencia puede ser innovadora.

Un relato personal que intenta atenerse al máximo a lo que ha sucedido en realidad puede ser muy conmovedor. Por otra parte, la interpretación puede transmitirse mediante nuevas combinaciones

de símbolos en prosa, poesía, dramaturgia, cinema, pintura, escultura, arquitectura, danza, ballet, música, oratorios, rituales litúrgicos u otros medios. Estas vías nos ayudan a descubrir de nuevo cómo el misterio afecta a la conciencia humana.

En sexto lugar, el *fruto* es el último elemento de la experiencia trascendente. Es el beneficio que una persona obtiene de ella, en términos de conocimiento, sabiduría, actitud y motivación⁶. Puede consistir en una transformación personal, una conversión, o los comienzos de una vida mística. Si tomamos en consideración el factor temporal, podemos distinguir entre el fruto que se obtiene inmediatamente después de la experiencia, y aquel otro que precisa un tiempo para madurar. Este último es el fruto de un árbol cultivado durante largo tiempo.

Tipos

Hay cuatro tipos de experiencia trascendente: estética, ontológica, ética e interpersonal. Las características de cada tipo dependen de su punto de partida, es decir, de la ocasión. Está orientada a quienes la experimentan hacia un determinado aspecto de la realidad. Ya en la preparación –más general– que viene antes de la ocasión –la cual es particular– puede anticiparse algo que determinará la relevancia de la ocasión. En la experiencia estética, por ejemplo, el factor clave puede ser un desasosiego relacionado con el propio lugar en el mundo físico; en la experiencia ontológica, una cuestión intelectual; en la experiencia ética, una preocupación moral; y en la experiencia interpersonal, el anhelo de comunión. Cada uno de estos factores imprime una orientación a la intencionalidad humana, desencadenando así un tipo determinado de reacción y de descubrimiento realizado mediante el sentimiento.

Los humanos somos capaces de reaccionar a cuatro aspectos de la realidad: el

cosmos material, el reino del sentido, la verdad de los valores y el hecho de amar. Puesto que lo que se revela es algo de suma importancia, el adjetivo que caracteriza cada tipo debe entenderse por analogía. Lo "estético" es más que el natural asombro ante la belleza o la fealdad del mundo que nos rodea; lo "ontológico" es más que lo que acertadamente Heidegger repudió como metafísica u ontoteología; lo "ético" es más que la moralidad secular; y lo "interpersonal" es más que una relación privilegiada entre personas humanas. En otras palabras, lejos de estar encerrados en sí mismos, los escenarios estético, ontológico, ético e interpersonal son trampolines desde los cuales uno se ve proyectado hacia una extensión ilimitada.

El primer tipo –el estético– se produce en conexión con la naturaleza o el cosmos. Puede iniciarse con el goce hondamente sentido de la armonía con la naturaleza, o con el terror ante algo grandemente amenazador. Lo que sigue es la sensación de formar parte de un todo que nos rodea, o bien la sensación de seguridad derivada de refugiarnos en algo totalmente fiable.

El segundo tipo –el ontológico– consiste en sentirse intelectualmente seguro y arraigado en un ser que está más allá de la contingencia y la nada. En este caso, lo que se descubre tiene que ver con cuestiones de sentido.

El tercer tipo –el ético o valorativo– es la percepción de un valor, como la justicia, la solidaridad, la amabilidad. La veracidad absoluta del valor es tranquilizadora, mientras su ausencia es dolorosa.

El cuarto tipo –el interpersonal– proviene de la búsqueda del amor e incluye la sensación de una presencia especial. Ésta consiste en la certeza de que el amor es validado por la estructura misma del universo, contra toda apariencia en sentido contrario.

¿Una experiencia de Dios?

¿Es la experiencia trascendente verdaderamente una experiencia *de Dios*, es decir, un encuentro real con Dios? No es evidente. Puede ser interpretada como una mera experiencia de sí mismo, aunque fuera un "sí mismo" abierto a un indefinido. Puede también ser interpretada como una mera experiencia de una fuerza impresionante, pero inmanente al mundo. Por eso, tenemos que presentar razones –una doble razón filosófica y una razón teológica– que indiquen la presencia de Dios dentro de aquel.

La primera razón es filosófica y, más precisamente, antropológica. Nuestro punto de partida es la tendencia que tenemos de comprometernos en un proceso de auto-trascendencia; se trata del hecho de que el ser humano puede salir de sí y encontrarse con otros humanos. Por eso la pregunta: ¿cómo no podría encontrarse con el Otro –escrito con "O" mayúscula –, con su Creador, con el que le ha dado al ser humano la apertura misma a los otros? En otras palabras, ¿por qué la apertura a los otros no estaría fundada en la apertura al Creador? Esta apertura básica consiste en una conciencia –siempre presente, aunque raramente explícita– de atracción hacia el sentido, hacia la verdad, hacia lo bueno, hacia el amor. Todos estos trascendentales aparecen indefinidos. A veces dicha atracción será vivida como débil; a veces será vivida como fuerte. De todas maneras, esta apertura es nuestro dinamismo fundamental, una "intencionalidad" –palabra que significa "tendencia hasta" –, es decir un movimiento constante hacia lo real.

Este argumento antropológico es doble: general y particular. El sub-argumento *general* es el siguiente: dado que en la lógica, en el conocimiento de la realidad, en la esfera afectiva, en las actividades artísticas, en las relaciones interpersonales, lo mejor de nosotros sigue

expandiéndose indefinidamente, sin alcanzar jamás definitivamente la infinitud perseguida, podemos decir: el pronunciamiento que hay más que un simple *indefinido*, que un *infinito* –Dios– existe y está presente en nuestra intencionalidad, tiene más sentido que el pronunciamiento que el infinito no existe. Si el infinito estuviera ausente de nuestra intencionalidad, Jean-Paul Sartre tenía razón cuando escribió que el hombre es una pasión inútil (“une passion inutile”).

El sub-argumento *particular* tiene que ver con la experiencia trascendente. Es un caso de apertura fundamental a lo divino. Su índole es su carácter afectivo y su sentido de estar en contacto con lo infinito. Es “el sentido de presencia”, que señaló Gregorio de Nisa. Consiste en una aprehensión vivida, en un sentimiento de una presencia más allá del campo de las cosas definibles. Es un error el considerar lo afectivo como meramente subjetivo, como menos objetivo que la esfera de los conocimientos científicos. Las experiencias afectivas pueden ser tan verdaderas como las pruebas lógicas o matemáticas. No obstante, su lenguaje preferido es el de la poesía, de la literatura y de las artes, es decir, el de lo simbólico.

Nuestro primer argumento en favor de la validez de la experiencia trascendente ha sido filosófico. Nuestro segundo argumento es teológico. Tras las huellas de Aristóteles, que había escrito que el intelecto humano puede hacerse todo, Tomás de Aquino dijo que el hombre es *capax Dei*, capaz de Dios. En nuestro idioma más interpersonal, podríamos decir que la persona humana es capaz de alcanzar a Dios o, más exactamente, capaz de ser alcanzada por Dios. Y aquí debemos recorrer a la doctrina de la gracia. La experiencia trascendente será una experiencia de Dios sólo si el Espíritu Santo otorga su gracia para colmar el abismo entre Dios y su criatura. La experiencia trascendente es un encuentro real con Dios porque Él se hace presente, Él nos eleva a su nivel, Él nos diviniza⁷.

¿Una experiencia cristiana de Dios?

Cabe preguntarnos: ¿Con qué, o con quién, o con cuál Dios se encuentra el receptor de una experiencia trascendente? ¿Puede ser una experiencia *cristiana* de Dios, una experiencia del Dios de Jesucristo? ¿Es posible pasar del Dios desconocido de nuestros contemporáneos, los Ateneos de hoy, al Dios de la resurrección⁸?

Nuestro contexto mundial está marcado por la concurrencia de las diversas religiones, filosofías de la vida, terapias, sectas, lugares no cristianos de meditación y de sabiduría. De donde sigue, en cada individuo, la posibilidad real y la reivindicación de la autonomía personal en la búsqueda del sentido de sus experiencias. El individuo tiene apego a trazar por su cuenta su propio itinerario espiritual. A menudo la gente dice: “Soy espiritual, pero sin adscripción religiosa.” En el mundo occidental, la espiritualidad atrae y la religión repugna; la espiritualidad es algo íntimo y personal, mientras que la religión es algo dogmático y organizado. Afectado por este prejuicio, el individuo construye su casa interior a partir de materiales dispares que están disponibles en el supermercado de lo espiritual y él les ensambla de manera muy libre, ecléctica, doméstica, sin afiliación a una Iglesia o a una confesión religiosa.

En estos ambientes pluralistas, es importante que nosotros como católicos reconozcamos la relevancia de las experiencias trascendentes –que están muy cerca de la mentalidad espiritualista–, y que nuestros discursos las reflejen.

Sin embargo, es preciso que hagamos más: que establezcamos los lazos entre las experiencias trascendentes y la Buena Nueva de Jesús. El problema es que las experiencias trascendentes son interpretadas de manera no cristiana. Como vimos antes, hay una diferencia entre, por uno lado, el sentimiento y el descubri-

miento, que son el núcleo de una experiencia trascendente, y, por otro lado, la interpretación sobre la experiencia. El sentimiento y el descubrimiento son indiscutibles, mientras la interpretación es discutible y siempre susceptible de ser enmendada y mejorada. Respecto a este fenómeno, mucha gente tiene la tendencia a rehusar todo cuestionamiento de sus interpretaciones. Esta actitud es un mecanismo de defensa y de huida de la verdad que el evangelizador cristiano debe percibir y remediar, a la vez con tacto para los interlocutores y con interés por la verdad.

Entonces nuestro desafío es atar un significado cristiano a las experiencias trascendentes, un sentido que va allá de las lecturas espontáneas y fáciles. Sin embargo, una discusión de varias interpretaciones necesita un diálogo respetuoso y una interpelación mutua que sea honesta y firme⁹.

Un primer paso consiste en reconocer la validez de las experiencias vividas en contextos seculares; un segundo paso consiste en cuestionar las lecturas superficiales; y un tercero paso consiste en sugerir una perspectiva cristiana. Es decir, una acogida de lo que el otro vive, una crítica de sus interpretaciones y la proposición de una dimensión cristiana.

La experiencia trascendente de tipo *estético* tiene que ver con un placer o un desagrado en relación con la naturaleza o el cosmos. Hay una admiración por las bellezas físicas de nuestro mundo y un asombro frente a sus amenazas de destrucción. Me parece que esta experiencia puede abrirse a una apreciación de la providencia divina, misteriosamente activa en el universo. Esta experiencia puede también conectarse con un deseo de salvación de nuestro planeta; así podría establecerse una conjunción con la causa ecológica. Quizás la figura del Cristo Pantocrátor pueda tomar una significación como el que guía y dirige la humanidad y el cosmos hacia su plenitud.

La experiencia trascendente de tipo *ontológico* tiene que ver con un anhelo de vivir y de subsistir, y con una resistencia a la muerte y a la nada. Queremos sobrevivir y no ser reducido a la nada. Me parece que esta experiencia puede abrirse a una apreciación del misterio de nuestros orígenes, del acto divino creador, de una fuerza que nos conserva y mantiene en la vida y en el ser. En este contexto, es posible que sea acogida la interpretación cristiana según la cual el Padre todopoderoso nos ha creado y nos da la vida en cada momento por amor, en la sabiduría de su Verbo y el aliento de su Espíritu.

La experiencia trascendente de tipo *ético* tiene que ver con las exigencias de la conciencia humana, con su búsqueda de rectitud, con su deferencia natural frente a los grandes valores: el respeto de los otros, la honestidad, la justicia, el amor. Me parece que esta experiencia puede abrirse a una apreciación del compromiso de los santos profetas –de ayer y de hoy, desde Amós hasta Gandhi y Romero– y de Jesús mismo, que dieron su vida por la causa del hombre. Acaso también emergería una necesidad de perdón –el perdón eficaz de Cristo– y una necesidad del aliento superior del Espíritu Santo.

El cuarto tipo de experiencia trascendente, el tipo interpersonal, tiene que ver con la nostalgia de una presencia amorosa sin falla, sin posibilidad de abandono, y con la resolución de ser totalmente fiel a esta presencia incomparable. Aquí tocamos el sentido de un Ser personal o, mejor dicho, tres veces personal, es decir, la Trinidad. La comunión de las tres Personas divinas alcanza el deseo humano de vivir la alteridad.

En todas las experiencias de trascendencia, existe el peligro del panteísmo. Este consiste en una visión impersonal de lo divino. Entonces, en el nivel de las experiencias estéticas, puede darse una veneración atorgada a un espíritu que penetra el cosmos (como en el estoicismo); en el nivel de las experiencias

ontológicas, puede haber un sentido de un Ser anónimo (como en la filosofía de Martín Heidegger); en el nivel de las experiencias éticas, puede existir una idolatría de un grande valor –la justicia, la fraternidad, etcétera–, un valor ambiguo (de un partido político, por ejemplo) que puede meramente inspirar sin interpelar; finalmente, en el nivel de las experiencias interpersonales, puede haber un erotismo, una voluntad de poseer al otro física y psicológicamente, acompañada de un exaltación del amor que excita sin abrirse al don de sí mismo.

No será fácil pasar de un concepto de lo divino anónimo, sin representación –pues que toda representación parece limitar– a los nombres de Dios ofertados en la Biblia. No será fácil de pasar de la idea de un principio o espíritu impersonal a la idea de un Dios personal que interpela al sujeto de una experiencia trascendente. No obstante, esta transición a una relación interpersonal con la Trinidad fue franqueada por los Padres de la Iglesia,

durante los primeros siglos del cristianismo. En sus conversaciones con los gnósticos, los estoicos y los platónicos, lograron convertir a mucha gente a la fe en Jesús el Cristo. De ésta manera, en sus sociedades pre-cristianas, los escritores patristicos son un signo de esperanza para nosotros en nuestro esfuerzo evangelizador de las sociedades post-cristianas.

Mi conclusión es que la comunicación de una interpretación cristiana de las experiencias trascendentes se hizo en la edad patristica y es posible también en nuestra época. Sin embargo, necesita una nueva creatividad en la esfera del lenguaje, es decir, una creación de significantes que se apeguen a la vivencia. Además, esta propuesta deberá ser compartida tanto por los receptores de las experiencias como por los testigos cristianos. Tal obra requiere una gran flexibilidad, para hallar las palabras y los símbolos que adecuadamente apunten a las experiencias y las coloque en el contexto de la revelación de Jesucristo¹⁰.

- 1 Para perspectivas de la neurobiología, de la medicina y de la empresa sobre experiencias espirituales, Carmen Pellicer Iborra, "Inteligencia espiritual para una ciudadanía activa", *Iglesia Viva* 236 (2008/4), pp. 89-100.
- 2 Louis Roy, *Experiencias de trascendencia. Fenomenología y crítica*, traducido por Carme Castells Auleda, Herder, Barcelona, 2006, p. 27. Este libro presenta cuatro relatos de trascendencia, con análisis de cada uno. Otro libro mío incluye siete relatos: *Le sentiment de transcendance, expérience de Dieu?*, Cerf, Paris, 2000.
- 3 Mi definición de lo que llamo *experiencia de trascendencia* es más específica que la de Juan Martín Velasco, *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Trotta, Madrid, 2003, y la de Javier Oñate Landa, *De la experiencia a la fe. Una propuesta pedagógica*, Idataz Argitalpenak, San Sebastián, 2003. Sin embargo, he aprendido mucho al leer estos libros.
- 4 Hermann Hesse, *Siddharta*, "Despertar", 17. Consulta en línea: <http://www.opuslibros.org/Siddharta.pdf> Fecha: 7 de febrero de 2009.
- 5 Louis Roy, *Le sentiment de transcendance, expérience de Dieu?*, p. 37. Acerca de este libro de Louis Roy, véase Juan Martín Velasco, *El fenómeno místico*, p. 103, nota 10, y *La experiencia mística. Estudio interdisciplinar*, Trotta, Madrid, 2004, "Introducción", p. 24.
- 6 Cf. las obras del psiquiatra alemán Karlfried Graf Dürckheim y del psicólogo americano Abraham H. Maslow.
- 7 Como afirman san Pablo (por ejemplo, Epístola a los Romanos 8,14-17), san Juan (por ejemplo, Primera Epístola 3,2) y san Pedro (por ejemplo, Segunda Epístola 1,4).
- 8 Véase el discurso de san Pablo en Atenas, Hechos de los Apóstoles 17,20-34.
- 9 Véase Carmen Pellicer Iborra, "Desde las experiencias vitales a la experiencia de la fe", *Estudios Misión Joven* 375 (2008), pp. 5-13, a p. 7.
- 10 Agradezco la ayuda fraternal de José Alberto Nava Aguirre y de Javier Oñate Landa por la corrección de mi castellano.